

su ímpetu los hizo retirar cuasi todos.....» Y luego añade: «Fué aquel dia buen caballero el Marqués de la Favara, que, apartado con algunos particulares que le siguieron, se adelantó, peleó y siguió los enemigos.» Continuando la campaña á las inmediatas órdenes de D. Juan de Austria, que hizo en aquella ocasion sus primeras armas, acudió al asalto de la Galera, donde fué herido; en 1571 se halló en el Golfo de Lepanto; en 1582 concurrió á la derrota de la escuadra francesa y á la muerte de su almirante Strozzi, delante de las islas Azores, en las naves mandadas por D. Alvaro de Bazan, primer Marqués de Santa Cruz.

Pero si el Marqués de la Favara era buen soldado en la guerra, su carácter pendenciero hacia su trato peligroso en la paz. Semejante á aquellos señores italianos descritos por Manzoni en su bella novela *I Promessi sposi*, conservaba siempre á su lado una escolta de barateros, dispuestos á cometer todo género de atropellos. El año de 1581, queriendo tomar parte en la expedicion proyectada contra Larache, pasó á Andalucía con D. Alonso de Leyva, y por las cartas del Duque de Medina Sidonia sabemos cuál fué su comitiva.....

«Estúvose en Barrameda con más de veinte rufianes que trajo consigo, y todos públicamente con pistoletes y sacos de malla, y que han de romper y matar á todo el mundo.» Hombre de condicion violenta; más dispuesto á emplear la fuerza que la razon; su proceder era siempre extremado: un

dia pensaba matar á Antonio Perez por sospechas de sus relaciones con la Princesa, é inducía á los hijos de ésta á salirse de casa de su madre, y otro se concertaba estrechamente con ella para atacar á Mateo Vazquez, su adversario. Su conducta no tenia otra regla que las impresiones del momento.

D. Alonso de Leyva era el jefe de una familia no ménos ilustre por su sangre que por sus proezas militares, hijo de aquel célebre marino Sancho Martinez de Leyva, que por tantos años sostuvo la gloria del pabellon español contra las depredaciones de los Turcos; mandaba la escuadra de Sicilia, una de las cuatro que Felipe II sustentaba en el Mediterráneo. Soldado valeroso, pero rudo y turbulento, tenia no poca semejanza con el Marqués de la Favara, y enlazado con la casa de Mendoza, tomaba como propias su honra y sus agravios. Ya le hemos visto induciendo al jóven Duque de Pastrana á abandonar la tranquila residencia de San Torcaz para acudir á la campaña de Portugal. Al año siguiente, al saber se habia restablecido la intimidad entre Perez y la Princesa de Éboli, hablaba sin reserva contra ambos, y viendo en Perez la causa de todos los disgustos que affigian á la familia, no ocultaba la mala voluntad que le tenia, dando lugar á que se le acusara de haber proferido contra él amenazas de muerte.

Educado en esta escuela el Duque de Pastrana, no habia tardado en imitar el ejemplo de sus parientes: entrando en años D. Rodrigo de Silva,

honró el nombre de su padre sirviendo como soldado y como general en las campañas de Flandes (5); su juventud fué turbulenta; otra carta del Duque de Medina Sidonia á Mateo Vazquez nos da conocer cómo se condujo durante su estancia en Andalucía en 1582.

«Ya dije á V. M. cómo mandó cortar las narices al alferez Medrano; pues ahora por fuerza en Sevilla me dicen que le han hecho perdonar, habiendo sido el más grave caso que ha sucedido en Castilla, que yendo un hombre por su camino salgan á él doce soldados y le hayan y le comience á cortar las narices el capitán, y porque no cortaba bien la espada probaron otras y aun creo que todas. Díjole el capitán: «*El Duque de Pastrana me envía á que os mate.*» Yo le hice prender (*al capitán*) y le tengo sentenciado á cortar la cabeza: en revista no sé lo que la justicia hará por no tener ya parte. Desta manera señor se vive aquí, y con tantos bandos y bizarrias que caso terrible para quien no hace esta profesion..... El Duque se va y se viene á Sevilla; hale de suceder alguna desgracia, que es muy ocasionado.»

Terminada rápidamente la campaña de Portugal, el Duque D. Rodrigo había vuelto al lado de su madre acompañando á su cuñado el de Medina Sidonia, cuando la Princesa fué trasladada á su

(5) El Duque D. Rodrigo era muy buen mozo, blanco y rubio, siendo quizás ésta la principal razón en que se han fundado los que le han supuesto hijo de Felipe II.

palacio de Pastrana; pero disgustado pronto al ver restablecerse sus relaciones con Antonio Perez, salióse de nuevo de aquella villa, viniéndose á Madrid, en donde, reunido con D. Alonso de Leyva, hablaba de una manera indebida de su propia madre (6).

Preso y todo como se hallaba la Princesa de Éboli, tenía también asalariados barateros de la misma especie que sus parientes, según nos informa Pero Nuñez de Toledo:

«Tiene aquella señora en su servicio tres hombres, y despidió uno por solo que no había muerto más de un hombre en toda su vida. De los tres que han quedado, se llama el uno Luchalí (7), por-

(6) «..... vino á decirme..... que el Duque (de Pastrana) había aquí hablado muy suelta y descompuesta contra su madre y su honra.....»

«Hoy me ha dicho una persona que se había dicho trataba de matar á la madre. Esto ni lo creo ni tengo por verdad, pero las lenguas son tan libres y mal enfreñadas que se sueltan con libertad.....» —Carta de D. Antonio Pazos al Rey, 4 Noviembre 1581.

(7) Luchalí, por corrupción del nombre de Uluch-Aly ó Aluch-Aly, como le llaman algunas historias, fué un célebre corsario que adquirió gran fama en el siglo XVI por sus depredaciones en el Mediterráneo, lo que sin duda dió lugar á que se usara esta voz como sinónimo de feroz y malvado. El mismo Antonio Perez la empleó en este sentido, pues quejándose del rigor desplegado contra su mujer é hijos, que fueron presos cuando él se evadió de la prisión, se expresa así: «debió de convenir porque no se huyesen aquellos Barbarrojas, aquellos Aluch-Alys, aquellos hijos, aquella madre.» —*Relaciones*, pág. 86.

No pareció, sin embargo, tan inhumano á Cervantes, que tuvo ocasión de conocerle por haberse hallado cauti-

que siendo éste foragido en Nápoles, se dió tal maña en su oficio que mereció este renombre, que le dura hasta hoy. El segundo se llama el Angel Custodio, porque era la persona de quien se confiaba de noche la guarda del Caballero Portugués. El otro se llama Camilo y tambien es su profesion ser valiente; á éstos llama su ama á cortes, y les pregunta uno por uno qué forma tendrian si les mandase matar á Fulano y Fulano; y Luchali, que es hombre que siempre trae tres ó cuatro pistoletes en los gregüescos, saca dos, y con entrambas manos los dispara; á los otros pregunta por palos, coces, bofetones y otras cosas de menor cuantía, y cada uno responde como su conciencia le dicta, y con esto se disuelven las cortes por aquella vez. »

Antonio Perez, que no podia quedarse atrás en este punto, habia establecido igualmente su pequeña escolta, y queriendo dar á entender que su vida estaba en peligro, se presentaba en la calle acompañado de gente armada.

Aunque impulsados por más nobles motivos, tomaban tambien parte en estas querellas otros señores, como el Almirante de Castilla, Duque de Medina de Rioseco, el cual, desaprobando el proceder del de Pastrana, llegó á manifestar que le castigaria por su propia mano si no moderaba su lenguaje.

vo en Argel, siendo Bey Uluch-Aly, y nos ha dejado una noticia curiosa de él en la novela *El Cautivo*.—*D. Quijote*, parte 1.^a

Como acontece siempre que una cuestion cualquiera preocupa la atencion pública, aun los sucesos al parecer más ajenos á estas desavenencias eran involucrados en ellas: en Junio de 1581, D. Gaspar de Loyola Alderete, deudo de Mateo Vazquez, fué atacado en la calle á mano armada por los criados del Conde de Melgar, hijo mayor del Almirante de Castilla, que se hallaba resentido de él por una rivalidad de amores; sus amigos escribieron á Vazquez que el Conde habia procedido á instigacion de Antonio Perez, malquistado con Alderete tan solo por sus relaciones de familia.

No quedaban circunscritas á la capital las iras de los descontentos, y Mateo Vazquez, causante involuntario de las parcialidades, continuaba, á pesar de hallarse ausente, siendo el blanco de los odios de sus contrarios. Era Vazquez bastante discreto para envanecerse con un triunfo que le habia costado tantas inquietudes, y así, no solo guardó desde el primer momento la mayor moderacion, sino que mostró empeño en dar á conocer que, léjos de abrigar malos sentimientos, lamentaba sinceramente la desgracia de los presos, y por indicacion suya sus amigos trataron de hacer comprender á los de Perez que se habia engañado, creyendo que le hubiera hecho daño en cosa alguna, cuando, por el contrario, habia deseado siempre su amistad. Además de esto, aprovechando la primera ocasion oportuna, escribió á la Princesa de Éboli desde Badajoz, y le envió personas

de su confianza para que la hiciesen presente su sentimiento por las cuestiones pasadas y la asegurasen de su constante adhesion. Las satisfacciones fueron, al parecer, aceptadas por la Princesa, y con esto, y la demostracion hecha por D. Rodrigo Manuel con Antonio Perez y el juramento que le exigió, pudo esperarse quedaria restablecida la buena inteligencia, ó por lo ménos la seguridad; pero no fué así; ni la distancia á que se hallaba Vazquez, ni su deseo de vivir alejado de intrigas bastaron á ponerle á cubierto: hanse conservado no pocas cartas de sus amigos y allegados que dan á conocer las preocupaciones que les ocasionaba este asunto; los hermanos Toledo, Juan Fernandez Espinosa, Tesorero general; el Conde de Barajas, Mayordomo mayor de la Reina y Presidente del Consejo de órdenes; D. Gerónimo Gassol, Secretario tambien del Rey para los negocios de Aragon, su cuñado, aunque le recomendaban «continuase la amistad con aquella gente con la llaneza y la verdad con que se la ofreció siempre», teniendo, sin embargo, su carácter rencoroso y que habian de buscar ocasion de satisfacer sus odios, aconsejaban á Vazquez que viviera muy prevenido, aun despues de la aparente reconciliacion, por el peligro á que se expondria con la confianza; y no debia ser infundado este temor, cuando el Duque de Medina Sidonia, al saber que el Marqués de la Favara, reconciliado con la Princesa de Éboli, se disponia á ir á Pastrana

y pasar de allí á Lisboa, alarimado con la noticia, se apresuró á escribir á su confesor, que á la sazón se hallaba en aquella capital, previniera á Vazquez se guardara mucho de aquel hombre desalmado.